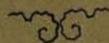


SUBALTERNO



I

Telegramas.

La Señora Marta v. de Bosry al Señor Ernesto Keller.

«No envíe Ud. clérigo, busque laico.»

El Señor Ernesto Keller á la Señora Marta v. de Bosry.

«Imposible encontrar laico; abate muy sabio, profesor Retórica, buena educación: probar».

La Señora de Bosry al Señor Keller.

«No insista Ud.; consiga laico, urge. Enrique insoportable, fatígame horriblemente.»

Carta del Señor Keller á la Señora de Bosry.

Mi querida sobrina:

Nunca llegaremos á entendernos y menos por telegramas.

Permíteme que te escriba á fin de que te sirvas responderme y ya no con enigmas. ¡Vamos, explícate! ¿De donde te viene ese horror intempestivo por la sotana?

Cuando nos vimos hace algunas semanas solamente, me recomendaste buscar un abate que pudiera y quisiera encargarse de la educación de tu hijo, cuando menos durante los tres meses de vacaciones que pasas fuera de París.

Hasta me indicaste que el abate no había de ser muy viejo ni muy austero; pero sí instruído, de buena educación y acostumbrado á tratar con los niños.

Busqué y encontré uno que excediera á mis esperanzas: el abate Flers, de cuarenta y dos años de edad, que es correcto en todos sentidos, estimado por sus superiores y muy bien recibido en sociedad. Milagro es que él haya consentido ir á pasar tres meses en tu casa ¡oh, sobrina! (y esto sea dicho

sin agraviarte). Debo añadir que la situación de tu chalet á orillas del mar, en el Mediodía, ha influido no poco en su aceptación, pues se halla agotado por diez meses de clases, y los médicos le han prescrito mar y sol.

Todo esto parecía providencial, yo estaba encantado; pero es el caso que como tú ya no quieres abate, me pones en un verdadero aprieto; desde luego, por ante el mismo Señor Flers que se disponía á partir mañana; y al fin y al cabo, por tí, que pretendes lo imposible.

En verdad que abusas, sobrina mía, del derecho que tienen las mujeres bonitas, de ser caprichosas. ¿Dónde diablos quieres que pueda yo pescar inmediatamente, en esta estación del año, cuando todas nuestras relaciones se hallan ausentes, un laico conveniente para tí y para tu hijo y bastante. . . . ¿cómo diré? poco hombre, para no dar pasto á la crítica entre las gentes que te rodean?

Porque pienses y digas lo que quieras, señora sobrina, un profesor, por obscuro que se le suponga, dista mucho de ser un criado; y una viuda á tu edad, con tu figura y en tu posición, vuélvese, desde luego el punto de

mira de todos los maldicientes de una localidad.

Agregaré también, ya que la ocasión se presenta, lo inquieto que me tienen ciertos rumores tocante á tu persona; pues aunque no quiera darles crédito, sabiendo como sé que, si extravagante á veces en tu tocado y en tu lenguaje, eres, por lo demás, correcta en tu conducta, no dejan de preocuparme y muy seriamente, porque no todos te conocen para juzgarte como yo.

Murmuran entre otras cosas, de que eliges muy mal tus amistades: para ejemplo, basta con la baronesa de Carliz, cuya reputación es detestable, tú bien lo sabes. Más aún, que llevas el luto . . . así, muy ligeramente; y que te expresas con no menos ligereza también, de tu difunto marido.

Pórtate, pues, con la posible discreción, yo te lo suplico; y decidete, entretanto, á admitir al abate Flers, ya que ignora tu negativa. Un simple recado tuyo y partirá, tiene listas las maletas.

La Sra. de Bosry al Sr. Keller.

«No recibiré abate.—Va carta».

—
Mi estimado tío:

Carece Ud. por completo de tacto al dirigirme su última epístola de moral, pues me conoce bastante para que pudiera figurarse que no la soporto. Precisamente porque no me gusta la moral, no quiero abate en casa, aunque éste fuera discreto (lo que sería rarísimo). La sotana, el breviario, el rosario, el rezo antes y despues de cada comida, serían una especie de moral en acción que renovaríá mi enfermedad nerviosa, según la experiencia recientemente adquirida en los ocho días que permanecí en casa de Clotilde de Mars, mi prima, cuyos cuatro chicos se encuentran bajo la dirección de un abate.

Todo el mundo en V. adora al abate (aunvernés, Ud. dispense). El Sr. de Mars le trata en tercera persona, y las de la servidumbre femenina se disputan el piadaso honor de hacer su cuarto, que es por cierto, el más bonito del castillo: una verdadera capilla. Se le consulta respecto de cada platillo para las comidas y él elige las lecturas de Clotilde.

En cuanto á mí, que no tengo motivos todavía para decirle adiós al placer, ¿por qué habría de imponerme un consejero, un crítico ó un director? Tome Ud. nota, querido tío, para que procure no ser ni lo uno ni lo otro, pues nada lograría y acabaríamos por enojarnos.

En vez de eso, mejor será que me consiga Ud. y muy prontito, el laico en cuestión; pero sin tratar de hacerme creer que sea cosa difícil: ¡hay tantos en ese París, por las calles! . . . Yo no pretendo un fénix, señor mío, ni tampoco le pido á Ud. un sabio; sino simplemente un joven que me descargue un poco de mi diablo de muchacho á quien ya no puedo tolerar cosido á mis faldas, ni dejarle que ande corriendo con las sirvientas.

Así, pues, ya ve Ud. lo que deseo: una especie de criado sin librea que sepa algo de francés y de latín, sencillamente. Pero lo más importante por ahora, es que me mande Ud. á ese individuo antes del día 15, porque el 16 quiero ser de la partida en casa de los de Carliz y no he de llevar allí á Enrique.

Sí; á casa de los de Carliz, no se azore

Ud, tío Keller, ni tenga por ello cuidado de mi persona ni de mi reputación. Sé todos los horrores que se cuentan de la baronesa; pero son calumnias. A una mujer joven, guapa y franca como ella, casada con un hombre casi viejo y algo achacoso como el barón, no habían de faltarle envidiosos que quisieran deturparla; y los hay, pero al cabo sin éxito, créalo Ud., porque en mayor número están sus adoradores. Su castillo es el lugar de cita de todos los hombres galantes del país; los del alto clero acuden también, siempre que se les invita; y siendo así, no se por qué yo debiera privarme.

Conque, ya sabe Ud, parto el 16; me acompañará mi amiguita Teresa de Lafaux, una inocentona todavía, pero que desea con afán no seguirlo siendo mucho tiempo.

Ya no le quedan á Ud. más que cinco días para sus investigaciones, tío Keller. Apresúrese pues, para que me dirija un telegrama anunciándome el arribo de un preceptor cualquiera.

El Sr. Keller á la Sra. de Bosry.

Si la fortuna, querida sobrina, favorece á los audaces, yo creo, bajo palabra de honor,

que el buen Dios mimá á las mujeres frívolas.

El abate Flers á quien me fué preciso dar á conocer tu negativa y los motivos de ella, me propone á uno de sus antiguos discípulos, hoy su amigo, el joven don Jacobo Thomín que es, aunque de humilde cuna, de clarísimo talento y muy instruído. Cierta contratiempo en un examen para el Doctorado, le desanimó apartándole de la carrera universitaria cuyo término feliz ambicionaba. Ocupase en la actualidad de trabajos literarios y científicos tan bien apreciados cuanto mal retribuídos; mas como no posee bienes de fortuna y ama la enseñanza, ha aceptado sin vacilar las proposiciones del abate y se dispone á marchar.

Empezaré por prevenirte, desde luego, que el señor Thomín es hosco por carácter y que agriado por las dificultades, en medio de las cuales ha vivido, no tiene nada de esa alegría complaciente que tú estás acostumbrada á mirar entre las personas que te rodean. He podido notar también, que es altivo, casi altanero. Así, cuando el abate Flers le indicó que haría siempre que quisiera sus comidas él solo, en su cuarto:

—De ese modo lo había entendido—respondió

Por tanto, el mejor consejo que debo darte, es que le veas lo menos posible. Solo con esta condición espero que lleguen á entenderse tú y él perfectamente.

La Sra. de Bosry al Sr. Keller.

«Datos, consejos supérfluos.—Activar asunto.—Altivez, rióme absurdo.—Entenderéme con subalterno pagándole bien».

El Sr. Keller á la Sra. de Bosry.

Sobrina mía:

Te produces con una inconsecuencia apenas creíble. ¡Qué lamentable manía has tomado de abusar de los telegramas; y qué deplorable costumbre la de decir en alta voz, al primero que se te acerca, hasta tus más extravagantes pensamientos! ¿A esto le llamas ser franca? Pero semejante franqueza, querida Marta, por fuerza te seguirá creando enemigos. . . . ¡Vamos, modérate!

Hallábanse en casa el abate Flers y Jaco-

bo Thomin cuando me fué entregado tu mensaje; y aunque ellos no lo leyeron, por mi empeño en ocultárselos y la turbación que no me fué dable disimular, hubieron de sospechar algo de la verdad.

Mortificado, como naturalmente me sentía, pasé la noche en claro, mirando hoy, con verdadera inquietud, la tan próxima salida del señor Thomin y su estancia allí. Además de que creo conocerle algo, los informes del Sr. Flers por una parte, y por otra, la impresión excelente que me ha hecho, sólo vienen á acentuar mis temores de que sobrevengan entre Uds. algunas complicaciones enojosas.

Mide, pues, tus palabras y ya que, según veo, te es imposible callar del todo tus pensamientos, cuando tengas que expresarlos, pónlos, siquiera, bajo cubierta.

II

La Sra. de Bosry á la Señorita Teresa de Lafaux.

Mi querida Teresa:

El martes por la mañana, sin falta, iré á verte; pasaré el día contigo, y al siguiente, la emprenderemos para reunirnos con los de Carliz donde vamos á pasar, claro está, una semana deliciosa.

Acabo de saber que esperan allí al Embajador con su mujer y su hija, al Arzobispo de Toledo y tres ó cuatro abates. Verdad es que á mí no me gustan mucho los abates; pero eso consiste, sin duda, en que de ellos tan sólo he conocido algunos franceses que, tímidos y devotos, no saben platicar ni reír con las mujeres, ni beber ni fumar con los hombres. Dicen que el clero de España es de otro modo.

¿Tienes, por supuesto, algunos vestidos buenos de última? Porque es el caso, mi linda, de distinguirse ahora ó nunca. Yo pe-

di á mi sastre de París (las costureras de aquí, habituadas á los talles cortos de las españolas, no saben vestirnos á nosotras) dos trajes: uno de surah adornado con encajes; el otro, de encaje con adornos de surah. Monótono y sombrío será eso, si tú quieres; pero ¿qué le vamos á hacer? Triste cosa es el luto, hija mía, yo te lo aseguro. Pídele al Dios misericordioso que te preserve de él el mayor tiempo posible, porque eres morena y lo negro te iría perfectamente mal.

Ya telegrafíé á mi sastre que es empeñoso y me sirve con eficacia: para mañana espero mi ropa.

A propósito, también aguardo al preceptor que se encargará de Enrique durante mi ausencia; y por cierto que me hallo tan prevenida en contra suya, que á no ser por la partida con los de Carliz, mejor le habría rogado que se quedara en su casa.

Pero lo que, al fin, ha valido para mi consentimiento, es una tanda de cartas del tío Keller, llenas de consejos entre doctrinas de moral y elogios calurosos respecto del candidato que se llama Jacobo Thomin.

Mi tío, en medio de su entusiasmo infantil, tiembla de miedo, solamente al figurarse

que su sobrina, es decir, yo, no trate con la corrección debida á ese caballero que tan prendado le dejó desde la primera entrevista que tuvieron.

Enterada estás, por otra parte, de que mi dichoso tío posee el don de volverme antipático todo lo que le agrada. Comprendes, asimismo, que nunca transigiré con los advenedizos, dándome igual que lo sean por el dinero como por el saber. Esos individuos del pueblo, que salen de su esfera creyéndose encumbrados por cierto grado de cultura, no resultan, á la postre, más que unos pedantes insoportables.

Y lo que mucho me subleva hoy, es la necesidad en que me encuentro de ocuparme personalmente de la instalación del aludido.

Estoy por alojarle en el tercero ¡á fe mía! en el cuartito con ventana que da al callejón de los Galetes. . . ¿recuerdas? El tal callejón, estrecho es y sombrío; el cuarto, tampoco es bueno; pero . . . ¿y qué? él no ha de estar acostumbrado á nada mejor. Para colocarlo en otra parte, hubiera sido preciso, ó cambiar á dos de mis criadas que duermen en las piezas de frente al jardín, ó . . . Pero estos son detalles sin importancia.

¡Ahí tienes, *mia carina*, á qué de cosas nos obligan los niños! Mira si no es una carga pesada la maternidad para que, así, te resuelvas á seguir de señorita el mayor tiempo posible.

Háblase de la libertad de las viudas. ¡Tontería! Es el estado que impone mayores obligaciones y que fuerza á más mentiras.

Conque, hasta el martes. Te repetiré todavía que no dejes de ponerte bella, pues aunque ya lo eres bastante por tí misma, no debes fiarte demasiado. Nunca la sola naturaleza ha hecho hermosa á una mujer; la bosqueja nada más. Réstanle al arte, á la costurera, al sastre y al peluquero, completarla.

Anota todo esto en tu librito, así, como de paso; y al mismo tiempo, que mucho te quiero; porque es indispensable que una mujer quiera muy de veras á otra, para darle consejos cuales ahora te los está dando tu afectísima.

Marta.

La Sra. de Bosry á la Srta. Teresa de Lafaux.

No me negarás que lo que ocurre es positivamente abrumador. Ese imbécil de barón de Carliz bien hubiera podido esperar la semana entrante para morir; tanto más que muriendo se hallaba desde hace años; y unos días de más ó de menos no iban, en resumidas cuentas, á constituir todo un proceso.

Rabiando estoy delante de mis dos trajes que, á decir verdad, están soberbios; me sientan á las mil maravillas y, á la vez, me reconcilian con lo negro, que, decididamente, tiene la doble ventaja de afinar el talle y de hacer resaltar la blancura de la piel. Mi sastre, créeme, se ha excedido á sí mismo: debieras adoptarlo. Las costureras, por hábiles que sean, no pueden cortar con ese *chic* de los sastres. Tienen los hombres un arte para manejar las tijeras y para modelar el busto, que nunca sabrán imitar las de nuestro sexo.

Y hora, dime, haz el favor. ¿De qué van á servirme mis dos magníficos trajes en este tiempo? La gente toda que me rodea es tan estúpida y mis amigas tan poco caritativas, que no se contendrían para lanzar un ¡hola!

formidable desde el momento en que me vieran salir en cuerpo y á la moda. Allá, entre los de Carliz, ni á quien le choque: hay buen gusto, sensatez y luego... esto y aquello, cosas qué pensar y qué hacer; sin ocuparse nadie de la fecha precisa de mi viudez.

Aquí, . . . ¡Jesús! me apuntarían con el dedo: figúrate que ya están poniendo el grito en el cielo porque he dejado el velo grande y el chal. ¡Anda, anda, y con este calor! . . . ¿No te parece idiota y cursi? ¡Que me expliquen lo que á mi difunto marido le pueda importar que vista yo de lana ó de satín!

¡Ah, querida Teresa, las exigencias de los hombres hacen muy triste la vida de nosotras, las pobres mujeres!

Ven, vente luego, proporcionándome así una ocasión brillante para concurrir al Casino. Después, conforme he pensado, te retendré hasta las carreras que, dicen, van á estar magníficas.

Por supuesto que nada de esto le dirás á tu tía, para no soportar sus jeremiadas. Yo, ya he sufrido las de mi apreciable tío, por algún motivo semejante.

¡Necesades, puras necesades! ¿Qué mal le causamos á nadie con asistir á las carreras?

Y dado el caso especial en que nos vemos, te suplico, de experimentar emociones, ¿dónde encontrarlas más inocentes?

Los hombres y las mujeres de la clase de nuestros tíos nunca comprenderán estas cosas. Se suponen que gozamos al ver despanzurrar un toro. ¡Por Dios, qué barbaridad! Nos gusta estremecernos cuando presenciemos tal horror; y eso es todo.

¡Ah, oye! Te participo que ya está aquí el preceptor de Enríque: llegó á raíz del telegrama en que me informaron de la muerte del barón; y ya adivinarás cómo lo recibí, puesto que me sentía furiosa, naturalmente. Su presencia no ha modificado en nada la impresión desagradable que de antemano me causara; sólo ha venido á confirmarla más y más. Hay en la actitud y en la voz de este hombre, algo de altivo, amargo y displaciente que me causa un malestar indefinible, una irritación que no soy capaz de contener ni de expresar.

De su fisonomía no puedo juzgar aún, porque apenas una vez me he encontrado con su mirada, que él desvía con marcada obstinación. No te imaginas, Teresa, todo el orgullo que están revelando esos ojos bajos. .

Pero... ¿á qué seguir hablándote de un ser que, bien mirado, ningun interés ha de inspirarte?

Noticia de sensación que sí vale la pena, es el divorcio de una de mis amigas, la Señora de Arcantal á quien ya te he de haber nombrado alguna vez. No congeniaba con su marido el cual, entre paréntesis, me ha parecido siempre un buen sujeto; mas... ya ves, no hay que fiarse de apariencias; bien que tú y yo no podemos menos que dar la razón á la Sra. de Arcantal (yo voy á escribirle en este sentido). Es una mujer hermosa que viste admirablemente, ¿sabes? y que ha sido muy bien acogida en sociedad. Su marido, que no tiene pizca de celoso (prueba de indiferencia, según ella), la dejaba en plena libertad para conducirse: razón para que ella se sintiera, creo yo, contentísima... Pero en fin, eso es cuenta suya.

Tú tendrás la precaución de quemar mis cartas, ¿verdad?

Adios, monina, hasta muy pronto; ya he mandado arreglar tu recámara: la color le rosa, al lado de la mía.

Aquí, las casas son de cartón, porque se oye desde la cueva lo que pasa en el grane-

ro; pero tú y yo, cada una en su cama, podremos platicar con entera confianza.

Te espero impaciente, arregla de prisa tu venida.

Marta.

III

Jacobo Thomín al abate Flers.

Mi querido señor abate:

Merezco los reproches de Ud, y más aún de los que Ud. mismo se suponga, en cuanto sepa por qué he dejado de escribirle. No ha sido por falta de tiempo (pretexto siempre banal), ni tampoco por negligencia; la razón es otra, y muy seria: cuando me dirijo á Ud, ya sabe que nunca me ocupo de referirle esas mil pequeñeces que, por decirlo así, forman parte integrante de nuestra vida exterior, sino para confiarle mis ideas, mis impresiones y mis sentimientos.